



**Relatos para
una cuarentena II**

Relatos para una cuarentena



Editado por Ediciones Traspies

www.traspies.com

foto@traspies.com

© de la relatos los autores

© de la edición Ediciones Traspies, C. B.

Ilustración portada: Jorge Fornés

Edición no venal

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Hace siglos unos jóvenes aislados por la cuarentena en las afueras de Florencia se dedicaron a contar cuentos hasta completar uno de los libros más fascinantes: el Decameron. En esta nueva cuarentena Ediciones Traspies pone a disposición de los lectores relatos que les harán reír, llorar o entusiasmarse, sin salir de casa.

Parafilias ilustradas

VV.AA.

De los libros:



Feroz
Andrés Portillo

Fue una noche de gargantas profundas, de lenguas golosas y dentelladas. Desde entonces, si Caperucita tiene hambre, se adentra en el bosque ansiosa de lobo.

Ataduras

Rafael Linero

Empezó sugiriendo que atara sus muñecas con mis medias. Luego pidió gruesas cuerdas para sujetar firmemente sus brazos y piernas. Por último, demandó cadenas para inmovilizar cada parte de su cuerpo. Sólo entonces permitía que lo tocase y pudiésemos hacer el amor.

Siempre he estado dispuesta a atarlo, él lo sabe. No hay nudo tan intrincado que no pueda hacer ni candado tan complicado que no pueda cerrar.

No entiendo por qué ahora que mis ataduras han logrado tal nivel de perfección, él no permite que yo lo toque. No hay cuerda ni cadena, no hay nudo ni candado que pueda compararse con las ligaduras que he creado para él.

Nuestro matrimonio, nuestra hijita y su extraña enfermedad, nuestra asfixiante hipoteca, mis celos y mi depresión. He creado todas estas ataduras para él y, sin embargo, ahora no quiere ni pensar en el sexo.

Caballero de los puentes

Ángel Olgoso

El lunes pagué a una prostituta para que pisoteara en mi presencia dos docenas de ostras abiertas con sus zapatos de tacón alto, que lamí a continuación.

El martes pagué a otra, casi una niña, para que me masturbara con estiércol fresco de caballo entre los dedos.

El miércoles alquilé a una nueva para que me vistiera y maquillara de mujer mientras yo enjabonaba y rasuraba el rostro de la joven.

El jueves prometí una elevada cantidad a dos prostitutas para que me siguieran por los callejones con el fin de defecar luego en sus bocas.

El viernes cloroformicé a una prostituta entrada en años y le coloqué sanguijuelas en la vagina hasta que éstas se saciaron.

El sábado me negué a pagar a la prostituta alquilada tras azotarla con varillas extraídas de un paraguas, aduciendo el desagrado que me produjeron sus inoportunos gritos.

El domingo dormí casi todo el día, besé a mi esposa, a mis hijas, a las doncellas de mi esposa y a la institutriz de mis hijas, paseé durante una hora por el parque con el confesor de la familia y cené después opíparamente en Casa Beristain, en compañía de los demás magistrados. Todos bebimos vino de peptona, el mejor confortativo de los debilitados, restablecedor de las fuerzas y del apetito.

El dictado

Manuel Rebollar

Iba a realizar el primer dictado después de su vuelta a clase. Allí estaban todos sus jóvenes alumnos, bolígrafo en mano sobre el virginal folio, expectantes ante las palabras que manarían de su boca.

El corazón le latía intensamente, conocedor de que el primer día era el más difícil después de meses de terapia, ingresado, por propia decisión, para intentar superar su insana obsesión.

No quiso dilatar más la prueba y comenzó a dictar pausadamente, supuestamente distraído, sin querer fijar la mirada en nada, para que las tentaciones no tuvieran un hueco donde encarnarse.

Terminó de leer con un inapreciable suspiro. Pidió al delegado que recogiera los dictados y se los llevara a su mesa. Todo iba bien, ninguna reacción, ningún estímulo que le pudiera preocupar. Una vez presos en su mesa los ejercicios, ordenó a sus alumnos que abrieran el libro por el tema siguiente.

Y entonces sucedió lo que tenía que suceder. Una mirada fugaz inició la presión en la sien y el bombeo incesante de deseo hacia el precipicio que se abría en su interior al observar detenidamente el folio en el que, descaradas, resaltaban esas haches desaparecidas, esas jotas disfrazadas de ges, esas uves travestidas...

La piel

Ana Ayuso Verde

Debajo debía estar la piel.

Debajo de la tela del vestido, tapizando el rosario de la columna vertebral, seguro que estaba la piel. Seguro que la piel era de la suavidad suntuosa de las algas. Seguro que la piel tendría ese olor a descanso de las desembocaduras de los ríos.

Le gustaban las desembocaduras de los ríos, los barcos embarrancados en la orilla, los trenes descansando en las vías muertas de las estaciones. Los trenes que no saldrían hasta el amanecer, el último movimiento sinuoso del humo de las velas recién apagadas, y la piel. La piel que estaría bajo el vestido en el momento justo de la transmutación. En el momento justo en que la piel dejaba de respirar y pasaba a ese otro estado más rígido, más contraído, de la muerte.

Le gustaba la piel en ese momento preciso, exacto, sin edad, de la transmutación. Si supiera que él podría verse a sí mismo, oler su propia piel, también haría ese viaje. Pero no estaba seguro.

De lo único de lo que estaba seguro es de que debajo del vestido de la muchacha estaría la piel. De la muchacha que ahora se levantaba del velador y se despedía con risas de sus amigos, y luego caminaba por el paseo, junto al mar.

Primero lentamente, y después más deprisa, presintiendo al principio los pasos de él, y luego oyéndolos claramente, cada vez más rápidos, más cerca de su piel.

Garaje carnal

Joan Ripollès Iranzo

El ano dilató, parecía hipar o querer decir algo, pero, en realidad, el primer bochito asomó el morro verde y mojado. Le siguió el segundo, el tercero, el cuarto y, así, hasta ocho o nueve. Eran un puñado de llaveros engarzados que me había preocupado de comprar en un mercado chilango, aunque la etiqueta declaraba bien a las claras “Made in China”.

Los taxicitos de juguete formaban una hilera y a la nena le encantaba imaginar que su recto era una misteriosa autopista donde los pequeños autos entraban echando marcha atrás, para después salir ahumados por la bruma de sus respingos. Fabulaba masacres y accidentes, sangrientos atropellos en las sendas caldosas de su sexo que menstruaba.

No tenía la nena menos de diecinueve años ni más de veintidós y a veces prefería hacer pis en el lavamanos o en la ducha. Una tarde intentó orinar con los cochecitos en el coño y se cago (es un decir) de risa. Hay cosas que no se pueden.

Reencuentro

Eva Díaz Riobello

El olor de la sangre provenía de aquella casa, no había duda, aunque por su aspecto descuidado parecía abandonada desde hacía mucho tiempo. Receloso, olfateó las huellas frescas que alguien había dejado en el barro de la entrada. Pertenecían a un pie delgado y firme, con un perfume inquietantemente familiar, pero por más que lo intentó no fue capaz de identificarlo. La puerta principal estaba entreabierta y no pudo resistir la tentación de echar un vistazo. La intuición de un peligro inminente le erizaba la piel a cada paso. En un rincón de la sala halló el cadáver desmadejado de la anciana. Tumbado sobre un desorden de prendas rojas, sin duda era la fuente de aquel aroma tramposo que había tirado de él desde las profundidades del bosque. No había terminado de atar todos los cabos, cuando una risa maliciosa se dejó oír desde el dormitorio. Ella lo esperaba allí, su cuerpo blanco completamente desnudo y las trenzas rubias deshechas sobre la almohada. Sus pupilas amarillas se agrandaron al ver cómo la joven estiraba sus largas piernas, tentadora. “Acércate, lobo”, susurró, “ya no soy una niña”.

Bésame, Platón Andrés Neumam

Así es la cosa. A mi mujer le hablan de Platón y se pone aristotélica. No sé cómo, no sé por qué. En cuanto escucha una palabra sobre la reminiscencia, el mundo inteligible o la teoría de las formas, ella se ruboriza, se le nublan los ojos, deja escapar un gemido, y se pone a imaginar espaldas anchas y nalgas musculosas. Yo intento, como es lógico, detenerla. Pero es inútil. Una furia empirista la posee por completo, y lo único que le interesa es el paso de la potencia al acto.

Pensar nunca es indecente, me consuelo. Aunque admito que me desconcierta tanto empeño en la física, cuando lo que verdaderamente importa es la metafísica. Cada noche es lo mismo. En serio. Nunca falla. Yo digo por ejemplo: «caverna». O «sol». O «riendas». Y ella, enseguida, loca. Desparramada en la cama. Quitándose la ropa. Gritando sin decoro: ¡Bésame, Platón!

Yo, a mi edad, soy poco impresionable. Cosas peores he visto. Además, no lo niego, el comportamiento de mi mujer tiene sus ventajas. Digamos que antes, y perdonen el juego de palabras, nos costaba acostarnos. Desde que descubrí lo de Platón, mano de santo. Lo que pasa es que el deseo, el caballo de su deseo, se le desboca a todas horas, en todas partes, tenga uno ganas o no. Sospecho que mi mujer confunde el apetito con el banquete. En fin. Mis amigos se ríen, celebran nuestro problema, incluso nos felicitan. Yo, qué quieren que les diga, dudo. En el fondo estas perversiones me turban. Siempre he sido un poco kantiano, y pienso que hay cosas que no deberían hacerse.

Fetichismo

Manu Espada

Se enamoró de ella un domingo durante la Eucaristía. Entró en misa convirtiendo el silencio de la iglesia en un rumor por obra y gracia de aquellos imponentes zapatos de tacón. Rojos. Brillantes como una puesta de sol en Granada. Acabados en charol. Un treinta y nueve. La punta ligeramente elevada, como una pequeña nariz a punto de estornudar. Una horma estrecha y elegante. Muy personales. Extraordinarios. Fascinantes. Han pasado diez años y aún recuerda aquel momento místico como si fuera ayer. Puro éxtasis. Ahora la observa frente al televisor. Lleva esas zapatillas de estar en casa con forma de ardilla fabricadas en felpa (made in Taiwan). Entonces, piensa en la vecina, que tiene unas botas de montar que quitan el hipo, y, una vez más, se arrepiente de haber colgado los hábitos.

Viva el Orden y la Ley

Oscar Esquivias

Me dan lástima tu tricornio de juguete, tus bigotes medio borrados, la voz pastosa y el aliento fétido. Yo, seguro, no ofrezco un aspecto mejor con mi bata de médico sucia de vino, el estetoscopio y el espejuelo cóncavo atado a la cabeza, ya abollado y torcido. Nos besamos lejos de las farolas, junto al río, sin habernos dicho el nombre. Rodamos por la hierba, como si cumpliéramos la fatigosa orden de amarnos, como si fuéramos –uno para el otro– el simulacro grotesco de una persona inalcanzable a la que invocamos entre beso y beso.

Dios mío, haz que termine pronto el carnaval.

Delicatessen

Amanda Manara

Entró en su bodega favorita, evaluó diferentes variedades, estudió añadas, examinó color y transparencia, y finalmente se decidió por un carísimo vino del Priorato, de un precioso rojo picota con ribetes violáceos y encomiables aromas a grosella, pan de higo, canela y café. Pagó en metálico y salió de la bodega llevando la botella como si de un tesoro se tratase. Por la calle, mientras el tráfico endiablado teñía de mal humor la tarde, sonreía pensando en las próximas horas.

Tras un solo timbrazo, la blanca luz de la sala le abrazó. Siguiendo las indicaciones de la dómina, se desnudó, se colocó sobre el potro ginecológico y abrió las piernas. Se dejó insertar la cánula, ansioso, como el ahogado que encuentra el aire. Desde esa posición admiró de nuevo el tono cereza del vino, bajando ahora desde la bolsa de infusión por la goma transparente. Cerró los ojos. Sintió el frío líquido entrando por su recto, inundando su colon, imaginó esos pelillos minúsculos bailando enloquecidos al paso de la marea rojo cereza. Todo su cuerpo fue vid, sarmiento, barrica, roble, uva.

Nunca había degustado un buen vino con tanto placer. Ah, y el colocón, sublime.

Solipsismo

Federico Villalobos

Me gusta hacerlo delante de mi mujer, y mostrarme imperturbable cuando se asoma a mi gabinete y me sorprende con ella en la mano. También disfruto cuando es un hombre el que me mira, siempre que lleve puesto uniforme. Las sotanas dan aún más juego, con sus melifluas admoniciones y su ilimitada capacidad para el goce vicario. Pero lo que más me gusta es hacerlo a solas. Pongo todos mis sentidos y toda mi voluntad en disfrutar como los primeros años, huyendo de la mera compulsión. No siempre lo consigo. A veces se me va el santo al cielo. Entonces me la guardo y me dedico a otra cosa. Es posible que vuelva a sacarla más tarde, en el coche, y no es pequeño el deleite que me proporciona reparar en cómo el chófer me observa disimuladamente por el retrovisor mientras me aplico en mi gratificante tarea. Debo admitir, sin embargo, que últimamente me rondan ideas tan peregrinas como perturbadoras que amenazan con amargarme el mejor momento del día. Figúrate, Sagrado Corazón de Jesús, que el otro día, al sacarla, se me antojó que de su punta manaba sangre. La solté. Desde entonces mi mano derecha, que siempre sujetó con firmeza la pluma con la que firmo las sentencias de muerte, no ha dejado de temblar.

Velocidad

Esteban Gutiérrez Gómez

Acabo de recogerla del hospital. Las piernas rotas, el cuello hecho puré y la cara recompuesta: dos años de recuperación. Sus labios no, sus labios igual que siempre. Sonríe.

Me mira y, solo de pensarlo, tiemblo.

A mí no me fueron mucho mejor las cosas: tuve que volver a aprender a andar y todavía me orino encima. Uno de mis ojos, el menos centrado, es de cristal.

Agarra mi mano y vuelve a sonreírme. Tiene un brillo maligno en su mirada que a mí me descompone.

Me dejo dominar y, solo de pensarlo, tiemblo.

El coche es nuevo. Un todoterreno, por lo que pueda pasar. Alto como un tanque, con defensas delanteras cromadas y cristales blindados. Salimos a la autopista y cogemos velocidad. Me mira. Sus labios carnosos, como los recordaba.

Pasea su lengua por ellos y, solo de pensarlo, tiemblo.

Empieza a ponerse tensa, como levitando sobre el asiento. Luego como que se licua, se desliza hacia abajo, muerde su labio inferior y empieza a gemir. Siente la aceleración en su sangre, me acaricia, mete sus dedos en mi boca y agacha la cabeza hacia mi regazo.

La cremallera suena y libera mi fogosidad.

Me lame y tiemblo.

Agarro el volante con fuerza, intento memorizar la carretera y cierro los ojos.

El sexo como voluntad de representación

Raul Brasca

Cuando los labios del maestro tocaron los suyos, cerró los ojos. Logró reprimir el estremecimiento que le produjo la otra lengua introduciéndose rígida, profundamente, en su boca. Tampoco la alteró la mano que le abrió el kimono y descendió, rozándola apenas, hasta su entrepierna. Había sido instruida. Primero, los dedos se demoraron en el vello del pubis. Después, el duro pene se deslizó en la humedad tibia hasta su puerta y permaneció allí, moviéndose apenas, sin presionar ni penetrarla. Sólo el afán por complacer al maestro le daba fuerza para refrenarse. Repitieron el ejercicio dos veces sin que cambiara el compás de sus respiraciones ni el del vaivén mínimo del hombre. Satisfechos por el autocontrol alcanzado, se despidieron. Pero siguieron pensándose. Ella fue al puerto, a encontrarse con el changarín de siempre. El maestro, que lo sabía, la siguió mentalmente desde su habitación. Cuando el cuerpo del changarín la cubrió, la mano derecha del yogui comenzó a subir y bajar despacio; cuando ella abrió paso al pene desmesurado, el ritmo de la mano se aceleró; cuando el cuerpo de arriba ya colmaba autoritario la avidez del de abajo, el yogui jadeaba salvajemente; cuando el vértigo de la excitación anunció la culminación en los dos hombres, la muchacha deliraba de gozo. Los tres terminaron a la vez. Ella fantaseando que era del maestro la dura estaca que la clavaba en su centro. El changarín, arrebatado por el orgasmo de ella. El maestro, por el del changarín.

Falta de amor

Víctor Lorenzo

La primera nota que me escribiste, la que deslizaste con disimulo dentro del bolsillo de mi abrigo, fue la que produjo el chispazo. Yámame, rezaban unas letras anónimas, escritas con carmín y prisa debajo de un número de teléfono. Te llamé, claro está, no pude resistirme, y al poco ya vivíamos juntos. Desde entonces, lo primero que hago cada mañana al despertar es buscar el mensaje garabateado en un papel que sueles dejarme, apoyado en la cafetera, antes de marcharte a trabajar. Me estremecen tus confusiones sinuosas de bes y uves. Me excitan tus acentos inventados, que se clavan, placenteros, en mis ojos. Me pierden las haches intercaladas a tu antojo, entrometidas, y me encienden las olvidadas, que dejan desnudas las palabras, indefensas. Por eso, cuando no encuentro tus buenos días repletos de errores, revuelvo el piso en busca de cualquier cosa que hayas escrito, en la lista de la compra, en la agenda de teléfonos, en el calendario que cuelga de la cocina o en un papel de tu billetera. Más que lo que me dices, me encanta cómo te equivocas, aunque jamás te lo he confesado. De todos modos, supongo que ya te habrás dado cuenta porque la nota que dejaste esta mañana, mucho más larga que de costumbre, estaba correctamente escrita. Decía que te marchas para siempre y sólo tenía una falta de ortografía. En mi nombre.

Lo estoy haciendo contigo

María José Codes

Ponía la lavadora con parsimonia ritual, inclinando su cuerpo sobre la máquina, de espaldas a la puerta, donde sabía que Jorge estaría disfrutando de la brevedad de sus bragas. Que su cuñado de veinte años anduviese observándola a escondidas había sido molesto al principio. Luego comenzó a sentir cierto placer en ser espiada. Su actos, antes rutinarios, se convirtieron en representaciones únicas para un solo espectador y acabó por dejar siempre las puertas abiertas para facilitarle la vigilancia.

Una noche que hacía el amor con su marido, Jorge apareció desnudo en el umbral de la puerta. Ella guardó silencio. Mientras Luis la penetraba, Jorge permanecía mudo en su puesto de observación. Entonces ella dijo: “lo estoy haciendo contigo”. Jorge lo entendió al punto y comenzó a masturbarse con fogosidad. “Claro que lo estás haciendo conmigo, amor”, respondió Luis acelerando el ritmo de su penetración. “Lo estoy haciendo contigo”, repitió excitada ante la reacción de su marido, sosteniendo la mirada de Jorge. “Sigue, sigue, me encanta que me hables así, querida”, resolló Luis al tiempo que la embestía cada vez con más vigor. Enseguida sobrevino el final para los tres. Luis soltó un largo aullido. Ella gimió al ver a Jorge verterse sobre la alfombra antes de desaparecer en la penumbra. La pareja quedó tendida y exhausta sobre las sábanas. “La próxima vez dejaremos que entre, cariño”, le susurró Luis al oído.

Millie y Christine

Norberto Luis Romero

No sé por qué tuve que quedarme soltera siendo tan atractiva como ella, además, con el mismo carácter afable, con mi risa cristalina, mis encantos... en fin, que somos dos gotas de agua. Posiblemente sea porque la vio antes, sencillamente eso. Es casi por un motivo o circunstancia banal, de ubicación en el espacio: entró por la puerta y tuvo a Millie de frente, luego nos volvimos y me vio a mí, pero su corazón ya se había prendado. ¿Entonces debería decir que es por culpa de mi hermana?, porque, claro está, quien se case conmigo habrá de cargar también con ella para toda la vida. Como le pasa a él, mi cuñado. Y confieso que él también me impresionó cuando lo vi por primera vez aquel día, tan elegante, educado, y le besó una mano a mi hermana y yo me estremecí, y la miró a los ojos, y nos conmovimos. Y sigue gustándome... mucho, y me excita muchísimo cada vez que hace el amor con ella, porque podría decir que lo siento, lo percibo en la piel, aquí, en el vientre, y porque a veces me roza accidentalmente y vuelvo a estremecerme como el primer día. Y mi hermana lo sabe, y me murmura al oído “puta”. Millie conoce mis apetitos y disfruta impidiendo que los haga realidad, conoce mi ansiedad, la espera a que una de sus noches apasionadas, en medio del fragor amoroso, él agarre a mi hermana por los hombros y le dé la vuelta, con oscuras intenciones.

La pared

Ana Vega

Cuando él llega a casa, ella se desnuda, se acerca a la pared y permanece allí, de pie, inmóvil, con la mirada fija en sus movimientos. Él deja la maleta en el suelo y se afloja la corbata. Se dirige a la pared con paso lento pero firme. La silueta de ella marcada a modo de diana. Le sujeta las manos y las coloca una a cada lado del cuerpo –hacia arriba a modo de súplica– le separa las piernas con las suyas, la crucifica de un modo dulce. Saca del bolsillo el pañuelo de seda negra, se lo coloca en los ojos y con un único pero fuerte impulso sube sus piernas para enredarlas en la cintura. La posee mientras ella permanece anclada en la pared, sabe que un solo movimiento en falso bastaría para derrumbar la casa entera.

Rima consonante

Juan Vico

El otro día me follé a Emily Dickinson. Aburrimiento, más que nada: cuando uno puede colocarse la holobanda y elegir a cualquiera de entre todas las mujeres del pasado y del presente, sólo queda echarle imaginación al asunto para que no se vuelva rutinario. La arrinconé junto a un Fresno del jardín, le arranqué el miriñaque, el corsé, la cofia, le demostré que la poesía es una polla sin plumas. Fue entonces cuando, de algún rincón oscurísimo de mi memoria, surgiste tú. Y aquí me tienes hoy, después de tanto tiempo, sentado en una cama virtual frente a tu imagen reencarnada, una sombra más, una figura apenas entrevista, perdida en el túnel de mis cincuenta y nueve años. He hecho lo que he podido al configurar el programa, probablemente no te parezcas en nada a aquella chica pelirroja con la que compartí una tarde de verano cualquiera... Después de esa época las cosas comenzaron a torcerse, fue justo después de esa época, sí. Déjame que te lo explique todo, las putas siempre habéis sabido escuchar, y tú casi parece que puedas entenderme desde el fondo de tus ojos vacíos. Más tarde te quitaré la ropa, te morderé los pechos, te penetraré durante un rato, y ya luego me arrancaré la holobanda de los ojos fatigados y estaré de nuevo en casa, y me pondré un whisky, y miraré por la ventana, y será de noche, y entonces, sin más, como tantas otras veces, decidiré entre escribir un ridículo poema o abrirme por fin la tapa de los sesos.

Nacha

Miguel Ángel Fraga

Juan de Dios se ha quedado mirándola y Anselmo con la boca abierta mira a Juan de Dios que no sabe qué hacer, sólo mirarla fijamente. Raúl Cangrejo es quien intenta decir cualquier cosa pero... qué va a decir. Tito se acuclilla cerca de Nacha y la observa. El Peludo muerde uno de sus pulgares. ¡Coño, sí que la hicimos! Raúl Cangrejo parte una ramita y se la lleva a la boca. Anselmo se encoge de hombros y cruza los brazos; Tito, aún agachado, se acomoda la gorra con la visera hacia atrás. Bueno... ¿y ahora qué? Nacha, principal testigo y víctima, yace quieta sobre la hierba. Está muerta, dice Juan de Dios. Raúl Cangrejo quiere añadir algo pero la rama se le traba entre los dientes. Todos somos culpables, asevera Anselmo repasando las caras de sus compañeros. ¿Y si la escondemos, o la enterramos? Nadie se dará cuenta. ¡Bah, se sabrá! Aquí no hay nada que ocultar, mejor nos vamos. El Peludo se planta delante de Juan de Dios. No podemos dejarla aquí. Anselmo sujeta al Peludo y Juan de Dios coloca su mano en el hombro de Anselmo. Es patética la presencia de Nacha, está sangrando con parte de los intestinos afuera. Los cinco son responsables del crimen aunque sólo tres satisficieron sus apetitos adolescentes. Mierda, mejor nos largamos, aprueba El Peludo. Por última vez miran al felino y la noche comienza a entrarles en el cuerpo.

Peep show

Bluttie Kat

Mis gemidos eran la banda sonora de sus fantasías. Cada corrida era fruto de su dinero: estaba dispuesto a pagarme lo que fuera; y eso era algo que llevaba tatuado en cada uno de sus jadeos.

Puse un condón a mi corazón, con las fibras de sus billetes de 50 euros, para protegerme de sus frustraciones. Mis servicios siempre tienen un precio. Y aquella noche no iba a ser menos. Así que me acerqué decidida a la ventanita que nos separaba, con esa cara de zorrita indiscreta que tanto endurece sus sentidos, y me bajé lentamente las braguitas, para que pudiese ver de cerca el pulpo azul y violeta que ornamenta mi pubis desde hace poco. Me pidió que me diese la vuelta, y, al hacerlo, azoté mis nalgas contundentemente. Insertó otra monedita, y tanteé mi clítoris, jugando con el piercing que lo aderezaba.

De repente vi que tras el cristal me mostraba una notita en la que se podía leer en letras mayúsculas: “Se busca chaperó que sepa masturbar el corazón”.

Aquella petición lubricó mis sentimientos. Sin perder la compostura, apreté mis pezones, humedecí mis labios, y ronroneé al son de mis latidos: “Tendrás que abonar el importe aparte. No está incluido en el precio del privado hacer esa clase de prestaciones”.

Deseo Lítico

Teresa Hernández

Un joven bellísimo al que besó en los labios con dulzura y un deseo irresistible fue todo lo que necesitó para saltarse los convencionalismos sociales. Echó una ojeada a la habitación para comprobar que estaba sola y se desnudó con mesura, dejó caer lentamente su ropa sobre la tarima e, incapaz de reprimir la tentación, recorrió con dedos lascivos cada centímetro de su piel de mármol. Sintió que sus senos se erizaban al contacto con el pecho de él y finalmente se fundió en un abrazo infinito buscando su sexo. Permaneció inerte entre sus brazos, imitándole en el gesto, y gritó desgarrada cuando la seguridad del museo anuló el hechizo para deshacer su caricia. En sus oídos, la alarma disparada sonaba como una sonata de Chopin.

Las visitadoras

Martín Gardella

Descubrí que las muñecas de mi hermana cobran vida en la madrugada. Abandonan, delicadamente, la casita en miniatura de la habitación contigua y entran en la mía, semidesnudas, para colarse en el cajón de mis muñecos articulados. Hago silencio para no molestarlos y, con los ojos cerrados, escucho el sonido del plástico retorciéndose, galopante contra la caja de madera. Media hora más tarde, se retiran sonrientes y despeinadas, con su flexible cuerpo agotado y la misión cumplida.

El episodio se repite, indefectiblemente, noche tras noche, aunque hoy, promete ser diferente. Asomado a la puerta de mi cuarto, el alegre rostro plástico de la muñeca gigante que le obsequié a mi hermana por su cumpleaños, observa el grueso candado que coloqué en el cajón de los juguetes y me guiña un ojo. Todos duermen, excepto nosotros.

Y lo que se encarte...

Ángeles Prieto Barba

La hermosa Isabel llegó a engrosar, y de manera compulsiva, casi toda la lista de hombres interesantes que Cheers le ofrecía en su catálogo diariamente. Un día, se veía muy peripuesta y maquillada frente a un atlético profesor, en la siguiente jornada quedaba con un médico solvente, mañana quizá le tocaría encontrarse con un ejecutivo millonario, quien sabe. Tan sólo debía estar alerta para concertar una cita rauda con el elegido, no fuera a perder la oportunidad de su vida por mirar hacia otro lado.

El caso es que ni siquiera percibía que, los que residían cerca de ella, eran siempre los mismos, pues solteros, separados, viudos y divorciados de Zamora estaban contados, y que más de un desesperado tan sólo se limitaba a cambiar de nick para entrar de nuevo, con otra identidad, al menor fracaso. Así, tras conocer al cirujano Fran, un soso atento y muy pesado, tres meses después se topó con Antonio, letrado aburrido, sin siquiera reconocer que ambos caballeros eran idénticos al perroflauta de su barrio, muy bien trajeado. Y aunque mañana se le presente como Enrique, director de banco, no aprenderá nunca: jamás acudirá a la cita esa hippie desastrada que verdaderamente es y que, cada día, no le hace ningún caso.

Fist & Sling Culbert Moreno

El *sling* del bar es un poco incómodo, pero me gusta porque está a la vista de todos. Sobre todo de los recién llegados –todavía fríos de calle y convenciones sociales– y del patrón del Club: delicioso machote, que le tiene un miedo religioso al *fist*, pero no puede apartar sus ojos de las dotes sobrehumanas de algunos clientes selectos entre los que, inmodestamente, me destaco.

Yo sé que le gusto. Hasta caramelito en la boquita me ha puesto, y luego me preguntó, como con disimulo, si no me gustaba de otra cosa que el *fist*.

“Esos huevos, me dije, quieren sal”.

El pasado domingo debo haberle dado el puntillazo (lo comprobaré la próxima semana): el *Viejo* me clavó su extremidad superior hasta donde el antebrazo pierde el prefijo. Hubiéramos ido más lejos, como en otras ocasiones, de no ser porque Caetano se sumó al concierto, metiendo su diestra donde ya había otra y, con la siniestra levantóme la pija para ponérsela al *Viejo* glotón en la boca. Aguanté como un mulo, pero me vine como un toro. Y tras semejante orgasmo, no hay Titán que consiga rellenarse el puñetero hueco.

Cuando recuperé la vertical y el resuello, el patrón del Club me lanzó, con la codicia en los ojos.

–¡Te diste como una reina!

–Como una República –le corregí–. Con todos y para el bien de todos.

Purgante
Francisco Enríquez Muñoz

Fui apretando lentamente su cuello y sentí su vagina irse contrayendo. Luego un líquido abundante inundó mi pene. “Me estoy viniendo –logró decir jadeando–, ¡Dios mío, me estoy viniendo!” Apreté su garganta más y más, con todas mis fuerzas. Cuando sentí que los huesos se quebraban, también me vine, una venida larga y purgante.

Juste avant la nuit

Álex Chico

La que entró en el piso fue Ana. También la que se desnudó y se echó en la cama. Se estiró boca arriba y abrió mecánicamente sus piernas. Empecé a penetrarla y de su garganta salió un levísimo hilo de voz. Luego, sin darme cuenta, vino la transformación. No fue Ana, sino Cristina la que me pidió que la inmovilizara. Sujeté sus muñecas y dije su nombre en alto. Demasiado tarde: al llegar a la última sílaba, Cristina dejó de ser Cristina. En su lugar, la voz de Yolanda me pidió que la abofeteara. No fue ella, sin embargo, quien comenzó a llorar. Fue Elena la que protestó, aunque Diana me invitó a que continuara. Luego fue Clara. Después, Sonia. Los insultos vinieron con Laura, quien, además, agarró mis manos y las llevó a su cuello. Aprieta, dijo Mireia.

La verdad, no sé quién perdió el conocimiento. Salté de la cama y me eché a un lado. Un cuerpo desnudo, sobre mi cama, permanecía inmóvil. Lo observé un buen rato y decidí esperar. En el fondo, me dije, había tenido suerte. Que a uno le juzguen sólo por los hechos resuelve un sinfín de variantes.

Glosario de parafilias

Agorafilia: Atracción por realizar el acto sexual en lugares públicos.

Aliusfilia: La necesidad de fantasear o pretender ser otro para obtener placer.

Alorgasmia: La excitación proviene de fantasear durante el acto sexual con otra persona que no sea tu pareja.

Amomaxia: Tener una relación sexual dentro de un automóvil estacionado.

Amokoscisia: La excitación se produce al fustigar o castigar a tu pareja sexual.

Anastimafilia: Atracción por personas de altura diferente a la propia.

Andrometrofilia: La fuente del placer es la conversación en torno a las medidas.

Anisonogamia: Atracción por una pareja sexual mucho más joven o mucho mayor.

Anortografofilia: Excitación al ver faltas de ortografía.

Antolagnia: Excitación por oler flores.

Autoanalismo: Atracción por introducirse objetos en el ano.

Autoasfixiofilia: El estímulo consiste en ser asfixiado durante el acto sexual.

Belonefilia: Excitación producida por el uso de agujas.

Bibliofilia: El placer se obtiene a través de la literatura, no necesariamente erótica.

Clismafilia: La excitación depende de recibir un enema.

Dorafilia: Atracción por la piel, humana o de otros de animales.

Electrocutofilia: La necesidad de recibir suaves choques eléctricos en la práctica sexual.

Eonismo: El estímulo consiste en vestirse con ropas del sexo opuesto.

Espectrofilia: La excitación se produce con el reflejo de la propia imagen, bien en un espejo o reproducida en otro medio.

Erotofonofilia: Obsesión por las llamadas telefónicas, por supuesto de contenido erótico.

Exofilia: Fetiche por lo inusual o bizarro.

Filofilia: Excitación con la filosofía.

Gendoloma: El uso de fantasías sexuales para acelerar el orgasmo.

Grafotananomanía: Placer derivado de la firma compulsiva de sentencias de muerte.

Gegomulcia: Excitación al ser manoseado entre la multitud. Normalmente por una persona desconocida.

Lagnoperissia: Hipersexualidad femenina.

Manusturbaremanía: El placer se obtiene por masturbar

a otro.

Merintofilia: Excitación sexual provocada por estar atado.

Mitomanía: Obsesión por los famosos.

Narratofilia: El estímulo primario es la narración erótica.

Necrofilia: Atracción por los cadáveres.

Exofilia: Fetiche por lo inusual o bizarro.

Parasomnofilia: La excitación se produce exclusivamente durante las fases del sueño.

Pedicación: Atracción por la penetración anal.

Pediofilia: El objeto del deseo suele ser una muñeca.

Pedofilia: Atracción por los menores.

Pictofilia: El estímulo primario son las fotos o cuadros eróticos.

Pubefilia: Excitación producida por el vello pubiano.

Quinunolagnia: La excitación solo se produce al exponerse a situaciones de peligro.

Retifismo: Fetiche por los zapatos.

Sadismo: Solo experimentan placer al provocar dolor físico o humillación en la pareja.

Tecnofilia: Uso de la tecnología para obtener placer sexual.

Sinforofilia: Excitación sexual por organizar un accidente.

Vincilagnia: Excitación por hacerse atar.

Voyeurismo: El estímulo primario es ver a otras personas dedicadas al acto sexual de manera subrepticia.

Zoofilia: El uso de animales para la práctica sexual.

Últimos títulos de Traspiés

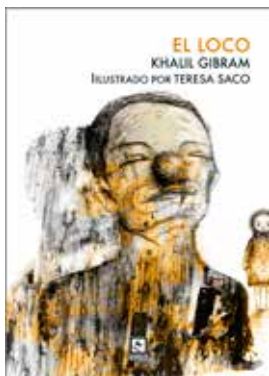


Adios señorita Logan

J. M. Barrie

Ilustrado por Javier Miralles

Adiós, Señorita Logan, subtitulada como Un cuento de invierno, es una historia de fantasmas del aclamado autor de Peter Pan. Se publicó por primera vez como un suplemento del diario The Times en la Navidad de 1931. J. M. Barrie despliega en esta historia ambientada en Escocia todo su sentido del humor, y abunda en sus temas habituales como son la dicotomía entre realidad y fantasía, o las trampas de la juventud.



El loco

Khalil Gibram

Ilustrado por Teresa Saco

Treinta y cinco años contaba Khalil Gibran en el momento de escribir *El loco*, pero a sus espaldas llevaba un amplio y rico bagaje cultural adquirido en Líbano, Estados Unidos y Francia. Letras y pintura, conversaciones y lecturas, drogas y alcohol, junto con un espíritu inquieto, constituían ya por entonces el universo de un autor único en el mundo árabe, portavoz una generación sin par, la de La Emigración (al-Mahar). Moderna pero deudora de ancestrales tradiciones literarias orientales.

Escrito con una prosa única, impregnada de misticismo poético, en *El loco* se funden los géneros breves y la narración larga, la lírica y la prosa reflexiva.



EL hombre que amaba las islas

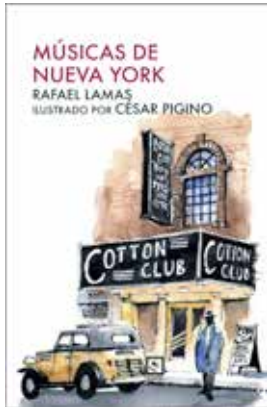
D. H. Lawrence

Ilustrado por
Begoña Fumero

Cathcart salta de una isla a otra en busca del paraíso terrenal, pero este se le revela huidizo. No lo encuentra en la vida en comunidad de la primera isla, ni en el matrimonio de la segunda, ni en la soledad de la tercera.

El hombre que amaba las islas es una mezcla de lo salvaje y lo onírico donde Lawrence, a través de su personaje principal, nos muestra la incomodidad ante una sociedad de la que no se siente partícipe, y cómo, en su búsqueda, descubre que el Paraíso no dista tanto del Infierno.

Libros de viaje

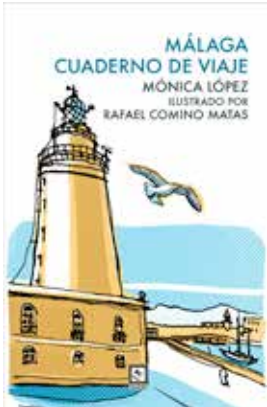


Músicas de Nueva York

Rafael Lamas
Ilustrado por
César Pigino

Músicas de Nueva York nos ofrece un recorrido por la ciudad de los rascacielos y los lugares emblemáticos de su universo musical: los grandes teatros, las salas de concierto, pero también los estudios de grabación o los lugares donde vivieron las estrellas. Templos como el Belasco o el Cotton Club, cantantes como Billie Holiday, intérpretes como Astor Piazzola, pianistas como Sergei Rachmaninoff o Bill Evans componen y dan forma a *Músicas de Nueva York*.





Málaga.
Cuaderno de viaje
Mónica López
Ilustrado por
Rafael Comino Casas

Fenicios, romanos, árabes, cristianos, todos los pueblos que han pasado por Malaka han dejado su huella en la llamada Ciudad del paraíso. Tomando como punto de partida la literatura, Mónica López Soler pasea por las numerosas ciudades que conforman Málaga, se asoma a sus rincones e indaga en su personalidad, recuperando sus leyendas y exponiendo sus conflictos. Un paseo cuyo fin es el recorrido en sí mismo y que nos ayudará a encontrar nuestra propia Ciudad del paraíso.



Hace siglos unos jóvenes aislados por la cuarentena en las afueras de Florencia se dedicaron a contar cuentos hasta completar uno de los libros más fascinantes: el Decamerón. En esta nueva cuarentena Ediciones Traspies pone a disposición de los lectores relatos que les harán reír, llorar o entusiasmarse, sin salir de casa.

